

Canción y vuelo de Santosa

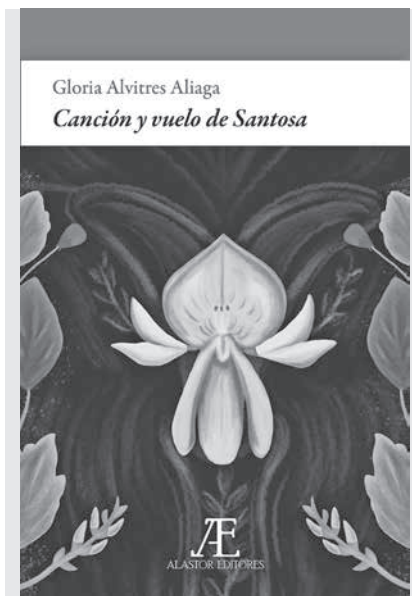
CAROLINA O. FERNÁNDEZ

Canción y vuelo de Santosa (2021), de Gloria Alvitres (Lima, 1992), publicado por Alastor Editores en la colección poética “Esplendor en la hierba”, es un libro que parte de la tradición cantada de nuestros pueblos, sobre todo de la tradición quechua y del cancionero popular, como bien lo expresan los epígrafes que acompañan al libro. Este punto de partida, de reencuentro con la tradición andina, se viene fortaleciendo a través de las voces poéticas de hijas de migrantes andinos.

El poemario inicia con un epígrafe del cantante Picaflor de los Andes, que da cuenta de que, a pesar de las incontables heridas en el cuerpo y en el alma, la única manera de afrontar la vida es aprendiendo a vivirla con alegría como lo han hecho a lo largo de nuestra historia no oficial, los pueblos del Perú. Cantar y bailar a pesar de todo y como expresión de resistencia: “Gorrioncito no cantes triste/ Mira que la vida es corta/ Aprende a vivir alegre/ Picando de huerta en huerta” (Picaflor de los Andes, 1960).

Desde la visión canónica, se suele señalar que la tradición poética vendría solo de Occidente, sin embargo, un gran número de jóvenes escritoras y escritores que escriben en lenguas originarias o en castellano peruano y en nuestra América demuestran que no es así. *Canción y vuelo de Santosa* no está escrito en quechua, pero guarda el sentir de quienes provenimos de los pueblos andinos. Se siente en la evocación lírica de la abuela, en la evocación del paisaje, en los versos cortos a modo de canto, un lenguaje que explora la raíz materna, tal como se anuncia en los versos que hacen de preámbulo: “Los días de luna roja, la niña se ata la pollera./ Quiere mirarse en las aguas del Mantaro/ para descifrar sus misterios.” (9). Este secreto mundo se devela mediante el diálogo entre la abuela y la nieta en “Sonqollay”, título de la primera sección del libro que constituye un hermoso homenaje a la abuela “piel de oca”, “abuela colibrí”, “agua” “que se lleva las penas” (11).

La enunciante se reconoce en ella, en sus “letras musicales” que no son comprendidas por la ciudad letrada, en atinado diálogo con Ángel Rama. Esta ciudad



Canción y vuelo de Santosa

Gloria Alvitres
Alastor Editores
Lima, 2021
84 pp.

letrada precisa la existencia de un estado nación monocultural, racista y patriarcal, representado por sus instituciones, por lo que muchas veces está lejos del mundo de los afectos y de la realidad de los pueblos del Perú. En este proceso identitario, el yo poético aprende a autoidentificarse con el territorio: “Mamita laguna, tú y yo somos hermanas de azar./ Me has reconocido como nieta./ Una niña que quiere morir en tus aguas./ Aunque las verdaderas poetas/ como Alfonsina Storni mueren en el mar.” (17).

“El primer hogar”, segunda parte del libro, lleva un epígrafe de Lucho Barrios. En esta sección, las imágenes del padre se configuran en diálogo con el mito de Naylamp. El padre cuya ausencia y falta de compromiso es usual en la familia, al mismo tiempo desborda una omnipresencia destructiva que la enunciante ansía destruir, para no verse más en su ojos. Pero el padre al que anhela aniquilar es muy poderoso, es mucho más que un progenitor, es el que ha construi-

do el mundo a su imagen y semejanza: “Este padre que se repite en las letras, en el amor, en la civilización asesina” (20). Con todo, también configura las imágenes de un padre adoptivo que anuncia la posibilidad de una masculinidad distinta: “Mi papá era imprentero,/ un obrero de las letras/ que no dormía por preparar las tintas./ La máquina paría cien libros” (35). Y con ironía agrega más adelante: “Los hijos humanos no merecen tanta atención” (35).

Las imágenes de la madre se inician con un epígrafe de una canción de Rosa Aurelia Guerra Morales (Rossy War, 1990): “Mi soledad es el retrato del Mundo/ Donde vivimos sin comprensión/ Cuando él vino a mí yo pensé que me amaba/ Mas no fue así” (39); mediante el cual se remarca las grandes y muchas veces insalvables contradicciones en la pareja y en toda circunstancia vital. Las imágenes de la madre rondan en una profunda soledad y en el deseo de sublevarse. La enunciante se reconoce en ella: “Soy ella. Soy mi madre convertida en fuego. Debajo de la mesa, soy una esquina, soy mi madre” (51). Esta autoidentificación emerge también de la cordillera, se nutre de ella: “Mi mamá nació del vientre de un cerro,/ con una oración liviana./ Un canto rojo despegó sus pestañas,/ el agua de sal la nombró Agustina” (39).

La última sección del libro “Una habitación temporal” está dedicada a las luchas de la mujeres contra la muerte, en defensa de una vida digna. En ella participan, las madres, las hijas, las nietas: “Las hijas del destierro/ andamos gestando/ la solución a la muerte/ asediando la forma común (...)/ Las hijas del caos,/ nos entendemos con las pociones y los fantasmas” (56). En esta misma sección, “La mujer rota” que: “Saca de las costuras de su cuerpo: una niña. Un cuerpo remendado, unido con alfileres. Un ser pequeño y miserable, hecho de enfermedades y tempestad” (61), a fin de resistir, aprende a nutrirse de la fortaleza de las luchas populares maternas y del feminismo que se nombra a través de Simone de Beauvoir. La propuesta poética se alimenta de un feminismo popular y sobre todo de los cantos de la abuela Santosa.